

Hombres, ideas y libros

Visita a la Escuela de las Rocas

París, Diciembre 1927.

SE halla esta Escuela a dos horas de París, en medio de las verdes colinas de la Normandía. ¡Qué cómodo es el tren con calefacción en los coches de toda categoría, y qué suave! Se puede leer como en una sala de lectura, sin que el libro le vaya saltando a uno por delante cual ocurre en Chile. El pueblo más inmediato a ella es Verneuil-sur-Avre, pequeña población antigua y pobre, centro, sin embargo, de un distrito agrícola importante. Hace pensar en nuestro San Carlos, en nuestro Bulnes o en ciudades de menor importancia aún, salvo que sus calles son más estrechas e irregulares que las de las nuestras, y salvo también que cuenta con monumentos antiguos que son una especie de ejecutoria de nobleza, como la Iglesia de Santa Magdalena, que exhibe una esbelta torre gótica del siglo XV, y la Torre Gris, enorme fortaleza de forma cilíndrica del siglo XI.

Las calles están pavimentadas con adoquines enormes y dispares. La población es de campesinos y de modestos comerciantes, gente toda que siente muy de cerca el olor del pasto y del ganado. Ese día había en el pueblo feria de caballos y de terneros. Uno cae en la ingenuidad de admirarse de un cuadro semejante tan cerca de París. Al oír hablar a los hombres se experimenta una sorpresa análoga a la que tendríamos si

oyéramos expresarse en francés a un grupo de huasos tostados y rosadotes bajados a la Feria de Chillán.

En la estación vimos un llamativo afiche recomendando el salitre de Chile. Estaba muy en su lugar.

El camino para ir a la Escuela es espléndido. En auto es cosa de un momento.

Como se sabe, este establecimiento fué fundado en 1899 por Edmundo Demolins para llevar a la práctica las ideas que él defendiera en su libro «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones». Fué fundada bajo la divisa de ser «una Escuela nueva» y con tal enseña ha continuado.

Lo primero que se siente al llegar a ella es la tranquilidad bienhechora del campo, tranquilidad inmensa y clara que invita a gozarla en actitud de adoración, con los brazos abiertos, levantados y mirando al cielo. La alfombra verde de los prados se dilata en todo sentido en amplio oleaje hasta perderse de vista. Bosques de pinos y de otros árboles destacan sus manchas oscuras diseminados entre los chalets y pabellones dispersos del establecimiento. Una lluvia reciente ha lavado la tierra y los árboles, y voluptuosamente recibimos el beso del aire puro que viene a regocijar nuestros pulmones de hombres de ciudad.

El establecimiento no tiene más que alumnos internos, que este año son poco más de trescientos. Viven repartidos en cinco chalets independientes. Cada uno de éstos se halla bajo la dirección de un profesor casado, que viene a ser como el padre de una familia de cuarenta a cincuenta muchachos. Con ellos hace sus comidas, los atiende en sus estudios y, viviendo así juntos, hay oportunidades para charlas provechosas, sobre todo en las tardes y en las noches.

El director de cada casa es ayudado en sus tareas educadoras y de supervigilancia inmediata por alumnos de los cursos superiores que, en calidad de capitanes o monitores, toman a su cargo el cuidado de ocho o diez niños de menor edad. Me han asegurado que este sistema da muy buenos resultados.

Acompañado por el Secretario de la Dirección General visité dos de las casas. Son de una sencilla elegancia, cómodas

y con buena calefacción. En cada dormitorio no duermen más de ocho alumnos. Los dormitorios son amplios, claros, y con grandes ventanas por donde entran la luz y la alegría del campo. Hay baños de lluvia fría y caliente y los muchachos deben bañarse todas las mañanas al levantarse. Fuera de estos baños se encuentra una gran piscina de natación en medio del parque y es obligatorio para los alumnos aprender a nadar. Las casas cuentan además con buenas salas de estudio, biblioteca y salón. Todo muy limpio y muy bien tenido.

Dispone también el establecimiento de dos pabellones de enfermería, uno destinado a enfermos infecciosos. Un dentista viene regularmente a prestar sus servicios.

Hay una pequeña iglesia católica y una capilla protestante muy sencillas y sin ningún relieve arquitectónico digno de mención.

Las clases se hacen en otro gran edificio separado, donde asimismo se encuentra el salón de fiestas, que sirve para reuniones quincenales del Director, los profesores y los alumnos y para otras más frecuentes en que se canta y se hace música.

Las reuniones quincenales tienen cierto carácter disciplinario porque en ellas se suelen hacer observaciones y amonestaciones a los alumnos que las merecen, lo que, dado la solemnidad del acto, no deja de producir su efecto.

La escuela da la instrucción primaria y secundaria de un liceo completo, o sea, sus cursos comprenden la clase infantil (10°), tres años de preparatoria (9°, 8° y 7°), y siete de estudios secundarios (6°, 5°, 4°, 3°, 2°, 1° y el año que se llama de Matemáticas y Filosofía). Todos los alumnos estudian latín y dos lenguas vivas, que pueden elegir entre el inglés, el español, el alemán y el italiano.

Según su declaración de propósitos, la Escuela se propone «formar cuerpos robustos, espíritus abiertos y cultivados, caracteres independientes y leales que, para hacer su camino, no descansen ni en la fortuna ni en sus padres ni en protectores, sino en ellos mismos». En este sentido deben comprender los alumnos su divisa de «Bien armados para la vida». Pero los

estudios que aquí se hacen conducen naturalmente también al bachillerato y, según las informaciones que me han dado, los éxitos obtenidos en estas pruebas han sido bastante halagadores. Las clases tienen lugar de 8 a 12 y de 4 a 6, con los correspondientes intervalos entre ellas. Las horas de 2 a 4 las dedican alternativamente los alumnos, día por medio, a juegos y a trabajos prácticos.

Los juegos son tennis, football, hockey, cricket. Los alumnos que así lo quieran pueden recibir lecciones de equitación, esgrima y box. Para ir de sus casas al edificio central de clases y a los demás pabellones los alumnos usan mucho la bicicleta. Las clases de gimnasia se hacen al aire libre.—¿Y si llueve? le pregunté al Secretario.—Si la lluvia no es mucha, no importa, me contestó. Lo mismo para los juegos. El clima de Normandía es húmedo, llueve frecuentemente y hay que acostumbrarse.

Poco después, al ir a un pabellón algo distante empezó a llover. Mi guía, corroborando espontáneamente lo que acababa de decirme, no se preocupó de ello aunque andaba sin paraguas, sin sobretodo y sin sombrero. Yo, para no ser menos, no hice ni amago de ir a buscar el paraguas que había dejado en una oficina, y seguí tranquilamente bajo la lluvia.

Los trabajos prácticos se llevan a cabo en los laboratorios de química, física e historia natural, en la herrería, en la carpintería, en los gabinetes de dibujo y modelado, en los talleres de encuadernación. En todos ellos se encuentra a los muchachos trabajando como verdaderos obreros, bajo la dirección de algún profesor. Pude ver objetos de hierro, pequeños estantes y otros muebles muy bien hechos por ellos, como asimismo libros bastante bien encuadernados.

El Director M. Berthier me invitó a tomar el té a su casa. Estaba Mme. Berthier, un hijo de ambos, algunos profesores y unos tres o cuatro alumnos, porque unos pocos de éstos viven también en el hogar del Director.

Fué un té como los que se acostumbran en los círculos educacionales e intelectuales de Europa y Estados Unidos: muy sencillo y muy sobrio. Hace pocos días—dicho sea a manera

de confirmación de este aserto general—, tuve el honor de ser invitado a un *five o clock* en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Habría una docena de personalidades, principalmente universitarias. Todo el servicio consistió en una taza de té simple, sin leche, tomado de pie, con unas dos o tres galletas. Se iba ahí a conocerse, a conversar, a cambiar ideas.

«A la Escuela de las Rocas—dije dirigiéndome a M. Berthier— le viene sobre todo el calificativo de nueva, por el régimen de su internado, en que se trata de reemplazar de la mejor manera posible al hogar, y por la atención que se presta a la educación propiamente dicha, a la formación moral del educando, haciendo colaborar a este fin la acción de un ambiente de calma, bastantes ejercicios físicos y trabajos manuales, los deportes, la vida al aire libre y la influencia constante de profesores paternos.»

«No solamente por lo que usted indica—me dijo—. El trabajo intelectual de los alumnos se lleva a cabo en condiciones muy serias. Tarea que no hacen bien deben rehacerla el mismo día. Nosotros hemos introducido algunas modificaciones para nuestro uso en los planes y programas de instrucción secundaria del Estado. Todos nuestros alumnos estudian latín. Usted ve cómo combinamos así el interés por las labores prácticas y materiales con el esfuerzo que disciplina la inteligencia.»

Como me invitara a presenciar una clase de latín, tuve que decirle que no lo había estudiado y cuál era la situación general al respecto en Chile. Le hablé también de la apreciable corriente de opinión que se había manifestado últimamente, pidiendo la incorporación de ese ramo en los planes de estudio de unos pocos liceos a que convendría darles el carácter humanístico. Le agregué que por mi parte estimaba indispensable el latín para los que se dedican al derecho, a la medicina, a las letras y a la filosofía.

Pero M. Berthier no cree sólo esto. Considera el latín como la más excelente disciplina de la inteligencia para formar la *élite* de la sociedad.

Los métodos de enseñanza propiamente dichos son, por lo

que he podido observar, más o menos los mismos que se practican en cualquier liceo, salvo en lo relativo a la enseñanza de los idiomas vivos. Para perfeccionarlos en el manejo de éstos es costumbre enviar a los alumnos uno por uno a pasar una temporada, de tres meses a un año, en un colegio de un país extranjero.

Refiriéndose a la cultura religiosa, me dijo el director que se atendía con el mayor esmero, siempre que los padres de los alumnos así lo desearan. Al efecto había servicios religiosos regulares en las capillas que habíamos visitado, y sacerdotes católicos y protestantes para instruir a los jóvenes.

—¿Qué medidas disciplinarias ponen ustedes en práctica?— pregunté a M. Berthier.

—Nada más que observaciones y amonestaciones, me dijo. Las hace primero el director de cada casa, después yo en las reuniones plenarias que tenemos cada quince días en el salón de actos. El niño reconvenido en estas sesiones, suele ser privado de uno o dos días de salida. Después de la tercera amonestación pública el alumno tiene que retirarse del establecimiento.

Según le entendí también a M. Berthier, a los muchachos que padecen de cierta pereza física les imponen ejercicios un tanto forzados, como largas carreras, acarreo de cosas pesadas u otros semejantes.

No debo silenciar, antes de terminar esta reseña, que las modificaciones de algunos detalles de los programas oficiales efectuadas en la Escuela de las Rocas han sido posibles porque la enseñanza particular goza en Francia de bastante libertad. Los colegios privados no están sometidos, como ocurre en la República Argentina y en Chile, al abrumador martirio de los exámenes anuales de ramos, tomados por comisiones examinadoras extrañas al profesorado del establecimiento. La promoción anual de los alumnos de colegios particulares depende aquí enteramente de la dirección y del profesorado del colegio. La intervención fiscalizadora del Estado no se presenta sino en las pruebas del bachillerato que deben rendirse ante la facultad corres-

pondiente de la universidad del distrito académico en que se encuentra el colegio.

Fuera de esto, las autoridades de la enseñanza oficial pueden intervenir al tiempo de la fundación del colegio, para comprobar si el fundador ha hecho ciertos estudios universitarios, y en todo tiempo para imponerse de las condiciones higiénicas y morales del establecimiento.

Los alumnos franceses de la Escuela de las Rocas pagan 11.000 francos anuales de pensión y los extranjeros 22.000. Como se ve, es una escuela para ricos.

Habiéndole preguntado al director por qué había tanta diferencia entre el valor de la pensión de los franceses y la de los extranjeros, me expresó que era para compensar la diferencia de cambio que había en las monedas.

Esta explicación, que resulta satisfactoria por lo que se refiere a los ingleses, suizos y norteamericanos en vista del alto valor de su moneda, no lo es respecto de los belgas, portugueses y rumanos que tienen una moneda inferior a la francesa. Sin embargo, los niños extranjeros no faltan en la escuela, y entre ellos hay también algunos sudamericanos.

Por otra parte, esos precios que asumen proporciones exorbitantes comparados con los de los baratos colegios fiscales, que parecen hechos para desbistar a granel nuestra muchada, no lo son tanto si se considera cómo se vive en la Escuela de las Rocas, el personal que ésta necesita y lo que se proporciona a los alumnos.

ENRIQUE MOLINA.